

La guerra, la riqueza y el trabajo

No obstante ser muy difícil —casi imposible— determinar con exactitud los gastos totales de la última guerra mundial, una Comisión de expertos anglonorteamericanos los ha cifrado en *doscientos cincuenta mil millones de libras esterlinas*. Con relativa aproximación esa formidable cantidad comprende globalmente tanto los gastos hechos por el conjunto de países aliados como los que la contienda originó a sus enemigos.

Teniendo en cuenta la paridad monetaria actual entre la libra esterlina y nuestra divisa, resulta que la ingente cifra expresada asciende a *once billones doscientos cincuenta mil millones de pesetas-papel*, o sea una suma equivalente a *doscientas veintitrés veces* la renta nacional de España, estimada ésta en el enorme volumen de *cincuenta mil cuatrocientos un millones de pesetas* en que la justiprecia el Consejo de la Economía en reciente trabajo investigador. Y capitalizando dicha renta al *cuatro por ciento* —interés legal del dinero— se obtiene un resultado de *un billón doscientos sesenta mil veinticinco millones de pesetas*, en lo que puede evaluarse la totalidad de la riqueza patria, si es que los cálculos del aludido organismo no marran. Por consiguiente, los gastos totales de guerra suponen una suma de pesetas *que cubre nueve veces la riqueza total española*. ¡Una futesal!

Puede muy bien estimarse que de los *cincuenta mil cuatrocientos un millones de pesetas* en que se tasa nuestra renta nacional, una mitad, aproximadamente, tiene por origen el trabajo, intelectual y manual, empleado en las profesiones liberales, en la agricultura, la industria y el comercio. En consecuencia, los gastos de la última guerra suponen una suma equivalente a las actividades laborales de la totalidad de los españoles, en condiciones físicas de prestarlo, durante *cuatrocientas cuarenta y seis anualidades*. Es decir, que si España hubiera de pagar sólo mediante el rendimiento cerebral y mecánico de sus productores el gigantesco importe de la contienda mundial, sería necesario que cuantos españoles trabajan lo hiciesen gratuitamente durante *cuatro siglos y medio*, valorando su producción, claro es, conforme al cambio actual de la peseta, y en el supuesto de que en el transcurso de tan largo período de tiempo no aumentarían el rendimiento y el número de sus elementos activos de trabajo.

En otro aspecto del mismo problema es curioso observar que para satisfacer los gastos totales de la última conflagración *habría que entregar nueve*

Españas o bien la cuarta parte de los Estados Unidos, ya que la riqueza de este país asciende a un billón de libras esterlinas, resultante de capitalizar su renta anual de ciento sesenta y un mil doscientos millones de dólares, que por su Ministerio de Hacienda se ha declarado ser la exacta en 1946. Y cómo la renta de la Nación norteamericana —según manifestaciones también oficiales—, en su mitad es procedente del trabajo, para sufragar los Estados Unidos, mediante el rendimiento de sus productores, la totalidad de los gastos bélicos expresados, serían precisos doce años, durante los cuales más de setenta millones de hombres y mujeres en edad útil laborarían sin remuneración.

* * *

Planteado así el problema es como puede apreciarse en su enorme transcendencia la hasta ahora insólita cifra que importan los gastos totales de la segunda guerra mundial. Téngase además en cuenta que los citados *doscientos cincuenta mil millones de libras esterlinas* sólo integran los gastos hechos por todos los países beligerantes. Es de suponer que la riqueza destruída ascienda a una mucho más alta cuantía: Alemania quedó arrasada casi por completo; Holanda, Bélgica, Polonia, Italia, Hungría, y otras naciones de menor importancia, poco más o menos; Francia vió en ruinas un tercio de sus Departamentos... etc., etc. Todos esos daños pudieran estimarse —y lo serán, sin duda— en un volumen monetario superior al total de los gastos bélicos.

Medítese sobre la gravedad y la valoración de tales estragos. Si se justiprecian sólo en dinero no podrá percibirse bien su inusitada magnitud. Las unidades monetarias de estos tiempos dicen muy poco, o nada, por lo mismo que son arbitrarias. Referirse a *trillones de francos*, por ejemplo, es fútil bagatela, ya que convertir dicha divisa a su *paridad-oro* supondría en cada millón quitar a su derecha varios ceros. Se objetará acaso que por eso han sido calculados en libras los gastos totales de la guerra, pero aun así nadie puede asegurar cuál ha de ser en lo venidero el *valor-oro* de la valuta británica. Y puede añadirse, a mayor abundamiento, que sería temerario pronosticar hasta el precio futuro del áureo metal, que dependerá de muchos factores, y muy especialmente de su improbable retorno como patrón monetario.

Habida consideración de lo expuesto, es más acertado referir los daños y gastos de la guerra a